

na durante la guerra civil y los que colaboraron en la contienda con el naciente régimen franquista.

En cuanto a los capítulos que Alfredo Verdoy, José Luis Ledesma y Alfonso Botti dedican al clero durante la guerra civil, hay que mencionar algunas virtudes comunes. No está de más subrayar que son análisis equilibrados que huyen del prejuicio y de la apología, que utilizan fuentes primarias y que conocen y manejan con gran soltura la bibliografía, un rasgo común al resto de trabajos, por otra parte. Y, también, que plantean nuevas propuestas dignas de atención.

Verdoy sugiere que los autores católicos que abordan la persecución religiosa a la Iglesia deberían despojarse de una mentalidad hagiográfica, poco dialogante con la historiografía civil sobre el particular y limitada para aportar nuevas perspectivas de análisis. Ledesma acentúa las raíces culturales y políticas de la clerofobia de la izquierda republicana, e inserta la oleada anticlerical en los primeros meses de una guerra que dinamitó los mecanismos de control político y social en la zona republicana, y cómo después se impuso una lógica distinta de recuperación del orden y de institucionalización de la violencia.

Por último, Botti ofrece una completa clasificación del clero español en guerra que incluye filiaciones de sacerdotes, con nombres y apellidos, republicanos y franquistas, ordenados estos últimos por las tareas que realizaron: conspirativas, apoyo oral o escrito, participación armada en el ejército sublevado, delatores de republicanos, y asistencia pastoral a fusilados o en las cárceles. Además, aporta dos hipótesis para el debate sobre las causas de la violencia anticlerical en la guerra civil, que necesitarían ser validadas por futuras investigaciones: un clero percibido por sus rivales con una identidad política y no religiosa; y un clero cuya preparación cultural y pastoral sus mismos superiores españoles y romanos juzgaron muy críticamente entre 1934 y 1938, opinión que entonces marginaron y sustituyeron por otra sobre el carácter martirial de aquellos miles de sacerdotes asesinados.

Este libro, en definitiva, ofrece respuestas convincentes y preguntas relevantes para seguir indagando con rigor en un tema de gran interés historiográfico y social.

Santiago MARTÍNEZ SÁNCHEZ
Universidad de Navarra

Á. CASTRO SÁNCHEZ-J. A. EGEA ARANDA-Rosa M. GARCÍA NARANJO-O. MORALES PÉREZ-E. J. NAVARRO MARTÍNEZ (coords.), *Franciscanos, Místicos, Herejes y Alumbrados*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba - Séneca Editorial, Córdoba 2010, 468 pp.

La obra colectiva *Franciscanos, Místicos, Herejes y Alumbrados* se mueve entre la filosofía y la historia, y geográficamente abarca sólo localidades de Sevilla y de Córdoba, en el marco de la provincia franciscana de los Ángeles. El objeto de estudio no son los franciscanos en sí, ni tampoco el franciscanismo, sino la historia cultural de estas regiones. Sin embargo, dada la relevante presencia de la

orden en ellas, este volumen representa una renovación historiográfica que debe tenerse en cuenta.

Este volumen contiene las actas del I Seminario de Investigación «María de Cazalla», dedicado al estudio de la sociedad, la religión y la cultura en el siglo XVI. La presencia del franciscanismo en este ámbito aconseja dar a conocer el libro en *Anuario de Historia de*

la Iglesia, por la revisión historiográfica y los nuevos datos que aporta. Como todo libro de Actas, tiene un valor desigual.

El canon historiográfico de dicha provincia hasta el momento lo componen varias obras dilatadas en el tiempo. En primer lugar, tal vez, el escrito de Fray Andrés de Guadalupe, titulado *Historia de la Santa Provincia de los Angeles*. Madrid, 1662. En todo caso, hay que recordar que el nacimiento de esta Provincia ocurre cuando Fray Juan de la Puebla, OFM, a finales del siglo XV desarrolla una reforma de los franciscanos, buscando una mayor austeridad y ascetismo en la vida conventual, tarea que será continuada por su sucesor fray Juan de Guadalupe.

En cuanto a la propia montaña de los Ángeles como centro histórico-cultural es insoslayable el trabajo de Alejandro Guichot: *La Montaña de los Angeles. Monografía histórico-crítica*. Sevilla, 1896. Algunos de los datos de ambas obras son revisados a lo largo de la monografía que aquí se recensiona. Cabe mentar otros trabajos, ya en el siglo XX, como los de Fidel de Lejarza, «Orígenes de la Descalcez franciscana», en *Archivo Iberoamericano*, XXII, n° 85-86 (enero-junio de 1962), pp. 16-29 o, mucho más próximo en el tiempo, el de Antolín Abad Pérez, OFM, «El franciscanismo andaluz: extensión e irradiación. Las reformas» en las actas de las jornadas *El Franciscanismo en Andalucía*, Córdoba, 1997.

El libro que nos ocupa está dividido en tres partes: la primera de ellas hace referencia a la provincia franciscana de Los Ángeles, la segunda alude a los límites de la ortodoxia en los que se movían algunos miembros destacados de estas regiones y la tercera, mucho más general, da pie a comentar varios aspectos sobre la Iglesia, el poder y la sociedad en la época.

El primer trabajo, debido a Javier León Gómez, pretende elaborar un marco histórico y destacar algunos de los tópicos asentados a partir de un estudio desde la antropología cultural. Para ello se vale del estudio geográfico y etnográfico de la sierra de Hornachuelos. Después de explicar la importancia

del lugar, el autor se refiere a la religiosidad popular en ella y da una visión acabada del ciclo vital del desarrollo de lo sobrenatural de esa región. Hay que destacar la presencia de una gráfica tabla del «ciclo maravilloso en la sierra de Hornachuelos» (pp. 37-38).

En un estudio más literario que histórico, José María Castro Velasco narra la llegada de los franciscanos a Hornachuelos. En este trabajo se siguen los tópicos historiográficos más asentados. Se puede destacar el énfasis que el autor hace en los tres incendios (1498, 1510, 1655) que hubo en el convento, sobre los que recae la sospecha de la intencionalidad (p. 43).

El siguiente trabajo, debido a José María Palencia Cerezo, se titula «La mujer penitente de Hornachuelos: una invención de la observancia radical de gran importancia» y subraya la importancia de esta mujer penitente como «mito fundacional español» (p. 60) que antecedió a muchas otras. En el trabajo se intenta relacionar tal mito con la consolidación de la observancia entre los franciscanos.

Antonio Ortega, en su trabajo titulado «La orden franciscana en Hornachuelos» (Fundación de la Santa Provincia de los Ángeles) repite, con bello lenguaje literario, los tópicos historiográficos más relevantes: la fundación en 1490, la importancia del convento, la gruta de la penitente y un repaso por la historiografía (incluyendo el discutido hecho de la visita de Felipe II, p. 73).

Uno de los mejores estudios del libro se debe a José Manuel Escobar Camacho, y se titula «la práctica religiosa en Hornachuelos a fines de la Edad Media: la presencia de los ermitaños en la sierra y sus alrededores, un modo diferente de vida cristiana». Este estudio, que maneja algunas fuentes archivísticas, intenta documentar la historia religiosa de Hornachuelos desde la fundación de ermitas, que primero se dictaron su regla y luego tuvieron que adscribirse a alguna de las que la Iglesia había aprobado, hasta llegar a la relevante fundación del convento franciscano de Santa María de los Ángeles. Hay que destacar la experiencia fundacional de Fray Juan de la

Puebla, en el marco de religiosidad eremítica y popular, y la relevancia que tendrían posteriormente los franciscanos para el desarrollo social y religioso del lugar.

En la segunda parte del libro hay que destacar el trabajo de Martin Biersack sobre Hernando de Talavera y los alumbrados permite estudiar la relación entre la religiosidad de esta región cordobesa y el círculo de los alumbrados de Toledo. El autor empieza su trabajo explicando la importancia de la traducción de la obra de Francesc Eiximenis OFM, por parte del jerónimo Fray Hernando de Talavera, un hecho que le permitió entrar en contacto con una vía agustiniana de la iluminación, que da lugar a una religiosidad más íntima. El autor afirma que hay «una congruencia importante en el pensamiento religioso de Talavera y de los Alumbrados toledanos: ambos partieron, como punto clave de su fe, del amor de Dios» (p. 141).

Un interés similar plantea el trabajo de Rafael M. Pérez García sobre la hermenéutica bíblica de Fray Francisco de Osuna, OFM. Su intención es mostrar que la espiritualidad –también la franciscana– del Renacimiento Español, tenía un carácter bíblico. Para ejemplificarlo, se toma como referencia la Historia de José, hijo de Jacob, interpretada por Francisco de Osuna (pp. 161-176).

Álvaro Castro dedica unas páginas –y recientemente un libro– a la espiritualidad de María de Cazalla, juzgada por la Inquisición por ser alumbrada y erasmista. Sin duda, el erasmismo fue potenciado por el cardenal Cisneros y otros franciscanos, y fue un medio corriente para la propagación de ideas renovadoras en el marco de la relación entre el hombre y Dios. María de Cazalla, cordobesa, aunque afincada en Guadalajara, mostró un excepcional valor y una profundidad psicológica e ideológica muy superior a la de las mujeres de su época.

José Luis Cantón Alonso dedica unas páginas a una lectura filosófica del «Audi, filia» del Maestro Juan de Ávila, muy influido por los franciscanos, que dan a conocer algunos rasgos de este religioso en el marco de las ac-

tuales coordinadas hermenéuticas. Antonio Romero y Antonio J. Díaz dedican unas páginas a la polémica «concepcionista» y a las formas de predicación populares en Andalucía en general, y en Sevilla en particular.

En la tercera parte hay una serie de trabajos de interés franciscano. El primero de ellos es el de Rosa María García Naranjo que, en un estudio muy documentado, muestra la relación de patronazgo que tuvieron los Condes de Palma sobre los conventos franciscanos. La autora alude no sólo a la devoción franciscana de los condes, sino también al uso que social que hicieron estos nobles de la devoción franciscana como un medio de cohesión social. En este sentido, tal y como afirma la autora, «el convento de San Francisco de Palma se constituía en una instancia socializadora por excelencia» (p. 335).

Tal vez el estudio más largo y elaborado del libro sea el de Ramón de la Campa Carmona, dedicado al convento de Casa Grande de san Francisco en Sevilla desde la Edad Media hasta 1840. El autor narra la predilección que sentía la población por los franciscanos, que eran partícipes de la vida social. Este trabajo revisa la historiografía anterior y ofrece una visión de conjunto sobre el papel de los franciscanos en la devoción y en la vida social sevillana. Como recuerda el autor, «toda esta vida espiritual acabó con la demolición del complejo conventual en 1840» (p. 400).

En fin, este libro tiene un valor irregular para el investigador, pero ciertos trabajos, que he procurado señalar, resultan de gran utilidad. Hay otros que merecen también su consulta, pero no tienen un interés tan marcado para la historia, o bien pertenecen a la filosofía y no a la historia. En todo caso, para quienes desconozcan la historia del franciscanismo en España (y en concreto, el de la Provincia de los Ángeles), este libro puede ser un mapa muy útil para entender sus variadas manifestaciones y su relevancia no sólo religiosa, sino también social y cultural.

Rafael RAMIS BARCELÓ
Universitat de les Illes Balears